



LA OBRA DIPLOMÁTICA DE DON ISIDRO FABELA

POR EL LIC. ANDRÉS SERRA ROJAS,
(*catedrático, escritor y periodista*)

No pretenden estas líneas trazar una semblanza o bosquejo biográfico de un intelectual mexicano de actuación política tan variada e interesante como la del señor licenciado don Isidro Fabela. Hace más de treinta años que me complace cultivar su amistad y seguir con vivo interés sus actividades políticas, nacionales e internacionales, recibiendo de cuando en cuando como un presente espiritual, sus libros apasionados y vehementes con sus dedicatorias amables y en los que domina su fervor patriótico, la angustia de un futuro incierto y la convicción de que puede lograrse un entendimiento entre los pueblos y una justa y adecuada convivencia internacional, que nos hace recordar la expresión iluminada de José Martí: “para mí la Patria no será nunca triunfo sino agonía y deber”.

Al despedir a don Rómulo Gallegos, el licenciado Fabela le dijo entre otras cosas: “los espíritus de selección como el suyo siempre encuentran por doquier almas afines que les reconforten y en esta tierra de hombres libres tiene usted una legión de almas que se compenetran con la suya”. Durante su brillante actuación el licenciado Fabela sembró amigos que lo admiran, e ideas que deben recogerse porque constituyen un continuo llamamiento para la defensa de nuestras libertades.

Estadista, escritor, maestro, diplomático, juez de una Corte Internacional y otras funciones de relieve, son aspectos de la obra de un hombre dedicada por entero a la realización del bien común.

El conjunto de valores de su vida llama nuestra atención como un ejemplo de generosa sencillez humana, al mismo tiempo que conjuga las más relevantes virtudes ciudadanas. ¡Cuanta razón te-

nía la palabra de Alfonso Cravioto, vibrante y recia, cuando nos hacía vibrar su verbo de oro: "Y obedeciendo al requerimiento de la época y de su propio tiempo, Fabela ha participado con ahinco en las exigencias públicas de su país y ha tomado parte muy activa en la vida política de la patria, lo mismo como diputado que como Encargado del Despacho de la Secretaría de Relaciones Exteriores, e igual que como representante de México en numerosas naciones y congresos, que como juez Internacional en el Tribunal de La Haya y como preclaro gobernador de su Estado natal, el Estado de México. Y en uno de sus vagares por Europa, escribe su libro fundamental como internacionalista: *Los Estados Unidos contra la Libertad*. Este libro sencillo y a la vez admirable, viene a ser como expresión de la conciencia de la América nuestra contra los múltiples atentados de los diversos gobiernos, que, a partir de Teodoro Roosevelt hasta Woodrow Wilson, cometieron los estadounidenses contra diversas repúblicas nuestras, tales como Nicaragua, Colombia, Santo Domingo y también México".

Se necesita de un reconocido patriotismo y una vocación sincera a la causa de la libertad, para tratar en libros, conferencias, artículos periodísticos, los temas de la política internacional, siempre escabrosos y subrepticamente escamoteados al amparo de un inoperante derecho de gentes. No se vale el autor de subterfugios para analizar una cuestión por espinosa que ella sea, porque piensa que los problemas que atañen a nuestra comunidad, deben ser analizados con la mayor pureza de expresión y con un decidido espíritu patriótico. Su voz convincente mantuvo en las tribunas internacionales este principio: "El Estado mexicano está resuelto a conservar y defender por cuantos medios fueren precisos, la dignidad y la plena soberanía".

A este respecto, su actuación siempre ha sido diáfana manteniendo el buen nombre de la República y el fervor de nuestras tradiciones. Estas ideas, no están destinadas a guardarse en archivos y bibliotecas porque envuelven un mensaje lacerante y previsor que dirige a las nuevas generaciones. Soslaya su propia personalidad, y con inteligente habilidad nos ofrece la verdad de México, para que la gente joven actúe con la experiencia del pasado, sin olvidar nunca las horas angustiosas que hemos pasado en nuestras complicadas y desoladas relaciones internacionales, en las que hemos estado inermes, arrastrados por el vendaval de inicuas injus-

ticias. El insolente siglo XIX que nos vio nacer como Estado, asistió como testigo de las más crueles aberraciones cometidas por gobiernos que se llamaban civilizados, contra un pueblo indefenso como el nuestro.

Es el ciudadano de una república libre que nos enseña las heridas que aún no se cierran de nuestro proceso histórico, no para envenenar el alma de la juventud con inútiles rencores, en un mundo que se quiebra de viejo y de indigno, sino para elevar la categoría de las actuaciones internacionales de los países latinoamericanos que hacen enormes esfuerzos para traspasar su situación menesterosa, "Ahora que se cierne sobre nuestras repúblicas hermanas, dice Fabela, el mismo peligro que durante años menoscaba su independencia".

El mundo nuevo mexicano día a día se va formando en la letra luminosa de un abecedario, que se da como deber y no como limosna, o en los grandes vuelos del espíritu de una patria tan excepcional como la nuestra.

Los desgarramientos internos nos hacen retroceder en la marcha hacia el futuro y nos ponen en desamparo frente a aquellos que nos atisben para encontrar el momento, de sacar un provecho lastimoso de nuestras desventuradas imprevisiones e incongruencias nacionales. El jurista ha puesto sus cinco sentidos para defender lo que es la causa justa de un pueblo y tiene la entereza de señalar, con índice de fuego, a los que a diario desgarran nuestra nacionalidad, en un afán desorbitado de riquezas.

Seguramente se nos demandará, porqué aludimos a una obra intelectual que ha sido sucesivamente comentada en varios lustros y hasta se ha pensado que el mundo nuevo de América, podría desvirtuar sus conceptos. Pero no hay tal cosa si comentamos la obra de Fabela: *Los Estados Unidos y la América Latina*. (1921-1929 edición de Cuadernos Americanos). Esa obra está en pie como una admonición, una enseñanza o un mensaje luminoso. Todo lo que ha dicho readquiere frescura en los acontecimientos de la política internacional de nuestros días. Aunque varía en los histriones, el escenario de la comedia es el mismo, aunque falten los viejos actores, los personajes del drama parecen ser eternos.

Su análisis severo de naciones y hombres está saturado del pensamiento del jurista y del filósofo, que va en pos de dos grandes ideales: reclamar la verdad histórica y luchar por un mundo más

decente que el actual, lleno de encrucijadas, de vericuetos y de lastimosas claudicaciones.

En contraste con esa actitud otros hombres en las tribunas del pensamiento universal comprometen peligrosamente a sus pueblos y a la humanidad entera. En la biografía de un estadista de este siglo se hizo este comentario: "A los personajes históricos hay que estudiarlos tanto a través de sus errores como de sus aciertos, así en lo que tuvieron de clarividentes como en lo que su falta de visión les hizo fracasar".

Hasta ayer el mundo de las relaciones entre los pueblos pudo ser el mundo de la mentira y de las conveniencias nacionales. En el futuro ninguna relación internacional será posible si no se emplea la verdad como elemento de convicción. Las mentiras se hacen pedazos con bombas de hidrógeno que ponen en peligro al propio planeta. Perecer con la mentira abominable de un supuesto mundo que ampara intereses inconfesables o salvarse con la verdad sobre el destino del hombre. Tal es el dilema de estos últimos años del siglo XX, incierto, azaroso, tremendamente despiadado.

Esta misma verdad será la que domine el mundo social. "No se debe amar la vida porque sea bonita, confortable, lujosa, dijo O'Neill, hay que amarla como es, desnuda, sin adornos".

La riqueza de una nación depende de la sabiduría y del carácter decidido de sus hombres, frente a los mil mercaderes, perpetuamente con la lisonja a flor de labios, que tienen en venta hasta lo más noble y sagrado de nuestras tradiciones. Los portavoces de nuestra nacionalidad a cada instante nos reclaman mayores sacrificios para alcanzar las cimas de la felicidad social y nos insisten en estas expresiones lapidarias: no se puede ser feliz en medio de tanta desventura.

Todo ello se resume en este pensamiento perenne del filósofo de Koenigsberg: "Deber, palabra sublime; tú no ofreces nada agradable al hombre, no hablas más que de sacrificios y, sin embargo, tú solo le revelas su dignidad, su libertad". Y Fabela agrega: "Pensar en el deber perseverantemente, vivir en la ilusión de cumplirlo; siempre con la esperanza de alcanzarlo, sin contar con otra fuerza que la propia; luchar para gozar del triunfo. Pero no para que ese goce sea ostentoso y estentóreo, sino para que sea íntimo, opaco, callado. No para provocar el aplauso de los demás, sino el de nuestra propia conciencia. Los vítores ajenos pueden ser incier-

tos y egoístas, pero el temblor de la dicha que apenas escuchamos y sentimos en el rincón escondido de nuestro espíritu, **ESA ES LA VICTORIA CERTERA Y PROFUNDA QUE NADIE NOS PUEDE ARRANCAR**".

La verdadera bondad es aquella que comienza por identificarse con todo un pueblo y no vacila en levantar su voz de inconformidad frente a las grandes imperfecciones y los tremendos desastrosos que nos envuelven. Don Angel Osorio y Gallardo dijo a propósito de Wilson: "Entre las vidas de los grandes hombres, quizá no hay ninguna señalada como la de las gentes buenas. Ser sabio, ser ilustre, ser popular es, en definitiva, bien poca cosa, lo importante es ser bueno, tener una alma limpia, entregarse a los actos generosos y nobles, buscar por todas partes el bien, derrochar los actos de piedad, poner los jalones de unos móviles limpios y obrar con un instinto bondadoso y culto. Hacer obras buenas en una palabra, entregándose al amor de los semejantes. Repito que ser sabio tiene, sin duda, gran importancia, pero ser bueno, la tiene infinitamente mayor, y doctorar en el bien es superior a alcanzar los títulos más elevados en todas las facultades. No basta, pues admirar a un hombre. Es necesario poner las almas a sus pies".

Al finalizar estas líneas que son un sincero homenaje de amistad y admiración al respetado amigo de ayer y de siempre, repito, que reconociendo las altas virtudes del licenciado Isidro Fabela, la que más admiro es su bondad, que se refleja en una devoción sin límites al pueblo mexicano, **"LA BONDAD QUE CONQUISTA LOS CORAZONES, EL CARACTER QUE TRIUNFA EN TODA EMPRESA Y EL AMOR QUE EMBELLECE LA VIDA"**, como se expresa en la emotiva carta que el licenciado Fabela dirige a su hijo Daniel.